

"Las mujeres sabias", en la versión de Enrique Llovet

MUCHAS veces —yo mismo, en esta columna— se ha hablado entre nosotros de la necesidad de afrontar a los clásicos sin respetos homicidas. Algunas se han atrevido a hacerlo atendiendo a lo secundario, es decir, a lo puramente escenográfico. Y no es que lo escenográfico, tratándose de teatro, no sea esencial, sino que debe ser el desarrollo coherente de unas ideas previamente expresadas en el texto. Sería en este sentido muy fácil recordar algunos espectáculos —en el mismo Español— que han visto contrapesada y rebajada su imaginación escénica por la polvorienta pesadez de la versión literaria.

Brecht, a quien quisieran momificar ciertos brechtianos, escribió cosas muy claras al respecto, precisamente con motivo de su libérrima versión de la "Antígona" de Sócrates. Ahora, Llovet, a propósito de las cansadas representaciones de los clásicos, cita al autor alemán: "es como si por negligencia se hubiera dejado acumular el polvo sobre los grandes cuadros del pasado, y copistas más o menos colosos hubiesen reproducido las manchas de polvo junto con el resto".

A Enrique Llovet hay que agradecerle una cosa, al parecer simple, pero bastante infrecuente en el teatro: que, llegada la ocasión, haya acompañado su trabajo a sus ideas, despojándose de esa falsa prudencia, hija de la inseguridad y el miedo al qué dirán los críticos. Quería hacer una versión actual, poner en escena personajes en los que cada espectador pudiese encontrar el eco de gentes conocidas, de vicios contemporáneos, de tragicomedias de ahora y de siempre. Para lo cual ha hecho una versión "respetuosa con el argumento, la intriga, la estructura de las situaciones y el carácter de los personajes, e irrespetuosa con el lenguaje, bastante actualizado".

Los resultados son impresionantes. Nunca Molière tuvo tanta audiencia y atención entre el público madrileño. He visto la función un lunes por la tarde —en esa función única que, con muy buen criterio, siguen sosteniendo los dos primeros teatros nacionales— y el público llenaba hasta la última butaca, hasta el último palco. La relación entre sala y escenario no era simplemente admirativa o escalar. Estaba claro que una inmensa mayoría del público se interesaba y divertía con la obra. No creo que la intensidad de esta comunicación hubiese sido posible sin tener en la base una versión tan clara, tan poco envejecida, tan contundente, como ésta de Llovet. Una versión donde se habla de "concurrencia de pareceres", del "distanciamento", de la "censura", y de mil cosas más que uno puede haber leído en el periódico de la tarde o escuchado en su última tertulia. Todo ello, claro está, integrado a la obra de Molière y nunca lo contrario.

Ante esta excelente versión sólo tengo una duda: ¿comprende realmente el público español que se fastiga la pedantería intelectual? ¿No piensa una gran mayoría que Molière hace un elogio de la ignorancia, de la "baza" y seneca ignorancia? Si en "Las mujeres sabias" hubiese, junto a tanto falso intelectual, a tanto escritorzuelo, a tanto cristino superficialmente instruido, un solo intelectual equilibrado, la cosa no ofrecería dudas. Sabríamos siempre de quién se burla Molière. Así, en cambio, medida la obra en los trajes de nuestros días, me temo que más de un espectador español va a coger el rábano por las hojas y se va a ir a casa feliz de su santa ignorancia. Y, lo que es peor, dispuesto a creer que todos los intelectuales son —porque así lo conviene— como los plata Molière.

Estoy seguro de que no es ésta la intención de Llovet, como, en su día, tampoco lo fue la de Molière. El gran autor francés fastigó los vicios de la burguesía francesa, entre los cuales incluyó éste de la pedantería y de la bachillería femenina.

Señalemos aquí otro punto débil de "Las mujeres sabias". ¿Por qué la bachillería femenina? La obra no sólo es un canto a la ignorancia, sino, más específicamente, a la ignorancia femenina, lo que, a fin de cuentas, tiene garantizada la adhesión de todo el machismo español y de ese amplio sector femenino que ha renunciado a leer algún libro de vez en cuando y a saber lo que pasa en el mundo.

Es esta una cuestión que repropongo, ahora desde nuevas perspectivas, al tema de los clásicos. Enrique Llovet ha hecho lo que debía, restituyendo a la obra su comunicabilidad, su eficacia verbal, su gracia, su vitalidad. Pero, por otra parte, las circunstancias generales de nuestra actual sociedad no dejan de introducir una serie de falsas interpretaciones posibles. Las que quedan mal son las "intelectuales" y no los pedantes, cosa, por lo menos, injusta.

¿Debió, entonces, la versión haber omitido el término "intelectual" en orden a las implicaciones actuales del término? Quizá sí. O, en otro caso, haber excluido cualquier confusión. La obra, tal como está, es muy útil para los que se consideran y llaman a sí mismos intelectuales, lo sean de verdad o tan de mentirillas como los personajes de Molière: no es vanidad ni narcisismo lo que en ese ámbito falta. Pero, en cambio, es completamente para cuantos necesitan asimilar el "intelectual" al paranchín inoportuno y vacío, cosa que, hasta cierto punto, "Las mujeres sabias" les permite.

Acaso el problema esté en que Llovet ha hecho una "traducción". Es decir, ha respetado todavía demasiadas cosas. La adecuación y frescura del lenguaje exigen dar aún otro paso: convertirse de traductor en adaptador. Quitarle el polvo no sólo al lenguaje, sino cuidar la significación de la obra ante un público determinado. Creo, por ello, que el espectáculo del Español tiene el valor de un necesario puente entre las viejas versiones de los clásicos y las que en un futuro próximo habrán de aparecer, quizá firmadas en algún caso por el mismo Llovet.

I. M.



4711 y la joven moda: John y Jennifer, Inglaterra

"Genuine Eau de Cologne ? ... Yes, of course!"

Alegre, con todos los colores del arco iris, nace la nueva moda inglesa. La consigna que Inglaterra da a la juventud europea destaca por su animación y vitalidad. John y Jennifer participan entusiasmados en este juego, pues rebosan ideas y alegría de vivir. Para refrescarse usan 4711 GENUINA AGUA DE COLOGNIA. En esto están de acuerdo con todos los jóvenes del mundo.

Deliciosamente tonificante con su frescor de primavera es la siempre joven



GENUINA EAU DE COLOGNE
Glockengasse, Colonia (Rhin)

Concesionario: A. Puig, S. A., - Barcelona